

COLECTIVO SI BOLIVIA

Documento de trabajo
Julio de 2006

Sobre este documento y su naturaleza:

Este documento tiene como objetivo, sintetizar las ideas fundamentales que hasta ahora forman parte del razonamiento analítico y plural del COLECTIVO SI BOLIVIA, que es una corriente de convergencia política. Entendemos por "documento de trabajo" un texto continente dispuesto a recibir aportes, reflexiones y propuestas, de todos quienes deseen participar de este esfuerzo; por lo tanto, entendemos este documento como perfectible en el tiempo, a objeto de dotarle de valiz política, al mismo tiempo de ser discutido y divulgado.

Vivimos un momento constitutivo, como Bolivia ha tenido muchos, pero este puede ser definitivo. Después de treinta años de democracia y sumergida en el actual clivaje histórico de las relaciones de poder, la sociedad boliviana ha decidido apostar por el cambio.

Nuestras carencias estructurales han dado paso al ímpetu de los excluidos y marginados, que deben ser tomados en cuenta en nombre de la razón, del bien general y de la convivencia pacífica. La pobreza, la discriminación, la desigualdad y la injusticia, nos colocaron en el límite de lo tolerable, pero también son caldo de cultivo para la aparición de fanatismos e intolerancias, que no podemos dejar pasar.

La irrupción de los excluidos se produjo como resultado de procesos históricos concatenados, desde la Guerra del Chaco, la Revolución Nacional, después de tres décadas de libertad y como parte del desarrollo de la institucionalidad democrática del Estado boliviano. La continuidad del sistema fue sustancial para la organización de los grupos históricamente marginados, de manera que pudieron llegar a expresarse dentro del sistema democrático, lograron organizar varias agrupaciones políticas y ganar las últimas elecciones generales con una de ellas. El momento actual y sus actores son parte de esa continuidad, no hay ningún elemento que permita postular una ruptura revolucionaria.

Si comparamos el país actual con el que les tocó vivir a nuestros abuelos, veremos cuanto se ha avanzado; no podemos desvalorizar los cambios y reformas en un Estado nacido en medio de la exclusión, el racismo, el autoritarismo y otros resabios coloniales. Los últimos cincuenta años hemos

logrado apuntalar instituciones democráticas, estabilizar la economía, garantizar las libertades básicas y alcanzar un nivel importante de tolerancia entre las diversas razas y culturas que habitamos este suelo. Pero no es suficiente, hay que vencer los complejos de camarillas enroscadas en sí mismas que nos impiden avanzar a la velocidad que los tiempos demandan.

Una de esas agrupaciones —actualmente en el gobierno— concibe este momento como un instante de ruptura. Proveniente de la cultura asamblearia de los viejos sindicatos obreros y de las organizaciones agrarias, pretende un Estado corporativo y una nación étnico-cultural a la que se pertenece por origen. En nombre de los indígenas, a los que dice representar, articula un discurso aldeano en sus expresiones y arcaico en sus contenidos, que desconoce los avances socioculturales de la condición urbana de vida y del mundo moderno, pero que a primera vista es muy atractivo, porque se exhibe como transformador de la realidad, en nombre de los desarraigados de la tierra.

Paralelamente y sin representación, la gran mayoría se debate entre el desconcierto, la desconfianza y la pobreza; es el pueblo mestizo, intercultural y urbano, de las clases medias, que aspira a un futuro de bienestar y modernidad, con instituciones racionales que rompan con el clientelismo, el prebendalismo y el patrimonialismo de las cúpulas partidarias, que han sido definitivamente rechazadas.

En un contexto de crisis del Estado, los movimientos sociales protagonizaron la protesta contra el sistema y dieron paso al crecimiento de algo distinto. El sistema político no fue capaz de integrar la irrupción del pueblo organizado, porque su endeble institucionalidad estaba preparada para convivir con una élite minoritaria, incapaz de realizar por sí misma las transformaciones que la gente reclamaba. Con el acceso de estos nuevos actores al poder gubernamental, se plantea la transformación de las estructuras institucionales, para hacer perdurable la participación de las grandes mayorías: los mestizos, los pobres, las regiones, las mujeres, los jóvenes, los indígenas y las diversas culturas.

Pero quienes detentan actualmente el poder, se miran a sí mismos como la representación de las etnias originarias, cuya cosmovisión conserva rudimentos del fundamentalismo discursivo del sindicalismo agrario y otras formaciones culturales y religiosas, junto a atavismos premodernos y predemocráticos. Este tipo de enajenación ideológica está encumbrando políticamente a los sectores menos ilustrados de nuestra sociedad, pero que cuentan con un instrumento político que penetra el mundo urbano, alienando la de por sí difícil conformación de la ciudadanía en Bolivia. Lo que se está dando es el desplazamiento de una élite y su substitución por otros grupos, que aspiran a constituirse en élite, sin abandonar las lacras de la política tradicional.

La crisis de representatividad no ha sido superada, solo se ha aplacado por la reaparición de grupos corporativos de dudosa legitimidad política, que actúan en nombre de los movimientos sociales, entre los que sobresale el indigenismo radical, que reivindica los derechos históricos de una nacionalidad étnico-cultural, que es una de las maneras de como los localismos se convierten en

fascismos. Frente a la nación étnica reivindicamos la nación política, a la que se pertenece por adscripción, sin discriminación de razas, sexos, creencias u opciones culturales.

LOS DESAFÍOS DEL FUTURO

¿Qué hacer para evitar que la desarticulación, la falta de liderazgos y de proyecto nacional, dejen el campo abierto para que el populismo corporativo tenga campo abierto para consolidar su régimen, a costa de estancar el desarrollo del país de manera definitiva?

Hay que denunciar que el camino elegido por el actual gobierno es el de un sistema político sin contrapesos, sin oposición y definitivamente no democrático; que a falta de un sistema de partidos donde insertarse, corre el riesgo de apoyarse fundamentalmente en los sindicatos y organizaciones corporativas, las que terminarán encaminando la personalidad del gobierno los próximos años.

En cambio, la derecha conservadora, quiere mantener sus privilegios espurios prolongando la agonía del viejo orden. En ella confluyen los resabios atomizados de los partidos que compartieron la conducción y el gobierno de los últimos 30 años. No es una alternativa porque adolece dos principales problemas: a) es la síntesis del régimen pasado, rechazado por el conjunto de la población, donde convergen los más denostados personajes, símbolos del cuoteo, el negociado bajo cuerda, la corrupción y la mentira, y b) porque es una convergencia de intereses personales y carente de liderazgo unificador.

Entre esa derecha conservadora y el populismo corporativo que hoy gobierna, hay un espacio por el que quieren competir varias agrupaciones. Es un ámbito natural, cuya dimensión irá ampliándose en la medida en que el MAS vaya radicalizando su accionar, y PODEMOS evidencie su ineffectividad, dejando ambos sin representación al centro sociológico del que ya hemos hablado; allí están dispersos y en crisis los viejos partidos (unos heridos de muerte, otros con posibilidades de sobrevivir) y fundamentalmente muchas asociaciones nuevas, que están naciendo, fruto de la necesidad de reconstruir esa esfera de representación. Se trata de articular paulatinamente las demandas de la sociedad movilizada, con una propuesta democrática para el Estado y la sociedad, para dar lugar a la continuidad de la generación de la democracia en ese contexto.

A pesar de las limitaciones que nos impone un mundo interconectado y organizado en beneficio del capital que trasciende las naciones, existe un tercer camino por el que pueden transcurrir el pueblo y su soberanía, para dotar al mercado de aquello que precisamente carece: solidaridad, equidad, redistribución, equilibrio, justicia social; al sistema político lo que aún le falta: eficiencia, representatividad, ciudadanía, participación; a la sociedad, la capacidad de convivir digna y solidariamente, fruto de una urgente reforma de nuestros valores y costumbres predemocráticos; y devolverle al Estado un rol

predominante y comprometido con el desarrollo integral en beneficio del pueblo y las grandes mayorías.

Otros temas también son ineludibles si queremos sobrevivir como nación y como sociedad: la corrupción, la mediocridad y la ignorancia, son asuntos que deben ser abordados con franqueza y valentía, dejando de lado hipocresías vanas que nos impiden mirarnos a nosotros mismos y cambiar en consecuencia. Para salir adelante, para igualar a los pueblos que nos aventajan, asimilemos sus ejemplos: educación, educación, educación y más educación.

UN PROGRAMA RENOVADO PARA LA ACCION

Los resultados del 2 de julio, en la elección de Constituyentes y Referéndum Autonómico, han vuelto a poner de manifiesto el impasse político que atrapa a Bolivia en los últimos años, el mismo que ha provocado sucesivas crisis y cambios forzados y traumáticos de gobierno.

La contrapartida a la victoria conseguida por el MAS en la elección de constituyentes, es el triunfo del SI en el referéndum autonómico, obtenido en cuatro departamentos, lo que prácticamente divide al país en dos, en torno a una definición crucial sobre su ordenamiento político y territorial futuro, planteando una situación extremadamente compleja y de incertidumbre.

No obstante el apoyo popular al partido gobernante, el resultado del referéndum restablece el conflicto de poder que se arrastra en Bolivia, y que es propio de una sociedad escindida por fuertes tensiones regionales, sociales, étnicas, políticas e ideológicas, en una coyuntura de crisis y descomposición estatal, donde se ha perdido una visión común de futuro que pueda unir y crear lazos de solidaridad entre los bolivianos.

Este conflicto de poder se expresa en la contradicción gobierno-regiones, que amenaza con marcar no sólo las confrontaciones dentro de la Asamblea Constituyente sino, también, con reeditar un empate catastrófico que podría situarnos nuevamente en un escenario de ingobernabilidad.

Las actuales fuerzas políticas no están en posición de encontrar una salida de fondo al drama que vive el país. Como ya hemos dicho: el MAS, porque enarbola un proyecto en sí mismo excluyente y carente de una visión nacional y democrática; y los partidos de oposición porque han agotado sus posibilidades de recrear una alternativa viable frente al actual esquema gobernante. En ausencia de opciones se nos impone una dinámica de polarización, concentrada en un polo —el oficialista— pero fragmentada en el otro —el de la oposición—, lo que a su vez impide la reconstrucción de un sistema político pluralista, de convergencia y articulación.

En Bolivia discurren dos procesos de cambio que deberían constituir oportunidades ciertas para el progreso de la República: de un lado, el impulso de democratización social desencadenado por el propio régimen democrático y

exacerbado con el ascenso del MAS al gobierno; de otro, el movimiento autonomista que pone en cuestión la organización centralista del Estado y promueve un nuevo modelo de construcción y desarrollo nacional. Paradójicamente, la coyuntura ha divorciado estas tendencias hasta casi confrontarlas, sin que exista por ahora, desde el sistema político en crisis, posibilidades ciertas de reconciliarlas e integrarlas en una síntesis creadora y unificadora de la bolivianidad.

Esta es la razón esencial que justifica nuestra decisión de crear un referente de aglutinación política e ideológica, en el camino de la construcción de un renovado proyecto nacional para el siglo XXI, capaz de lograr el salto de modernidad y desarrollo que busca ansiosamente el pueblo boliviano. Este nuevo referente político-intelectual se articula en torno a los siguientes lineamientos programáticos:

1. EMPODERAMIENTO SOCIAL

La emergencia del MAS como fuerza política de raigambre popular, tiene el mérito de poner en el primer plano el problema de la exclusión social como uno de los graves males de la sociedad boliviana. Lo novedoso de la situación actual es que el fenómeno de la exclusión se manifiesta como un movimiento de empoderamiento social. Para decirlo claro y rápido: los de abajo quieren estar arriba; los sectores tradicionalmente subalternos ya no admiten su representación a través de otros grupos o intermediarios. La demanda de autorepresentación se ha abierto paso de una manera poco menos que incontenible.

Esta ansia de poder puede y debe ser la fuerza propulsora de una genuina democratización de la sociedad boliviana. Pero el camino de la democratización social no es la estatización; todo lo contrario: el proyecto que pretende que el país vuelva a un modelo estatista de crecimiento —como es el que alienta el gobierno del MAS—, sería una forma de escamotear el deseo de muchos ciudadanos de tener el poder en sus manos. Lo que hace el estatismo —concentrador tanto del poder de decisión como del excedente que se produce— es capturar el poder económico que debiera estar repartido entre millones de ciudadanos y agentes económicos que, por medio de su esfuerzo e iniciativa individual y colectiva, son los que generan la riqueza nacional.

Por eso la nacionalización de los recursos naturales, bajo la forma de una mera estatización, es en realidad una ficción o espejismo, porque crea la ilusión de que es el pueblo quién se beneficia de los ingresos generados, cuando en realidad lo que ocurre —tal cual ya sucedió en el pasado— es que son otros los que deciden y se benefician; casi siempre un puñado de burócratas, familiares y allegados, que detentan el poder del gobierno y de las empresas estatales, o que pueden hacer negocios ventajosos con ellas.

Ya conocemos esta historia y no queremos que se vuelva a repetir. La forma de dar poder real a la gente es concurriendo a construir su propio poder económico, político y de conocimiento, que son las tres facetas esenciales del

poder, en una sociedad auténticamente democrática. Esta es la manera de evitar que el sentimiento de empoderamiento y democratización social, sea desvirtuado y finalmente escamoteado.

1.1 Propagar y multiplicar el poder económico: la reforma pendiente

¿Qué significa esto? Que los productores y trabajadores que se desenvuelven en la economía popular, urbana y rural, tengan seguridad económica al contar con empleos e ingresos permanentes para una vida digna; que tengan los medios necesarios para progresar en sus pequeñas empresas y negocios y llevar a cabo nuevos emprendimientos productivos. Lo que debemos hacer es encarar las reformas microeconómicas que aún no se dieron en Bolivia; esto es, contribuir a crear nuevas oportunidades para que tengamos varios millones de empresas y unidades productivas, suficientemente competitivas para producir más y mejor y llegar a todos los mercados, dentro y fuera del país. El desafío es impulsar el desarrollo de la clase media popular y de un amplio sector productivo y empresarial, como la fuerza social y económica propulsora del progreso y sostén de la estabilidad política y de la cohesión de la República.

¿Qué rol le cabe al Estado en esta propuesta?: Fortalecer y modernizar la economía popular: i) incentivando los procesos de organización empresarial y el asociacionismo de los productores, bajo diversas modalidades; ii) canalizando financiamiento y capital de inversiones; iii) facilitando el acceso a la tecnología y la asistencia técnica; iv) promoviendo la integración de la micro y pequeña empresa y de las unidades campesinas rurales en cadenas productivas y de exportación; v) creando condiciones de competitividad nacional y facilitando un ambiente positivo para los negocios y la inversión.

La riqueza gasífera del país debe servir a este propósito. Postulamos usar los recursos hidrocarburíferos para multiplicar el poder económico en la sociedad, transfiriendo los ingresos generados por la exportación de gas natural, directamente a la gente, es decir, a todos los bolivianos que, de esta manera, podrán contar con una base de recursos no únicamente para incrementar su consumo familiar, sino, y sobre todo, para disponer de un capital de trabajo, educarse y capacitarse, acceder a la salud y otros servicios básicos. Nadie mejor que los propios hombres y mujeres del país para disponer racionalmente de esos ingresos, en lugar de que los mismos se dilapiden en corrupción, burocracia, prebendalismo y clientelismo político.

Convencidos de que el empoderamiento social es y puede ser una fuerza de cambio, debemos confiar en la gente, devolviéndole el beneficio de la explotación de la riqueza del gas que, como dice la Constitución, es de dominio originario de la Nación, y la Nación somos todos los bolivianos; no es el gobierno, ni éste ni ningún otro. Nacionalizar el gas debería ser muy diferente a estatizarlo.

1.2 Acercar las decisiones a la gente

La hegemonía partidista conduce a la dictadura, de un grupo o de un caudillo. No queremos pasar de la partidocracia a la autocracia —así se vista de indígena—, que es el mejor caldo de cultivo para la corrupción.

La única forma de construir un poder democrático donde la soberanía resida en el pueblo y en los ciudadanos que ejercen sus derechos y obligaciones, es fortalecer la democracia política pluralista, que representa la diversidad, garantiza la transparencia en la gestión pública y hace posible el equilibrio político, porque reparte el poder entre varios órganos públicos y niveles territoriales, que se limitan y contrapesan mutuamente.

El centralismo estatal —ya agotado como modelo de organización política y administrativa en todo el mundo—, lo que hace es alejar el poder del pueblo, de los ciudadanos de carne y hueso. De ahí nuestra identificación con las autonomías departamentales que es la otra gran fuerza transformadora de este tiempo. Queremos un régimen autonómico para profundizar la descentralización política, administrativa y financiera y así poder acercar el Estado a la gente. Llevar la experiencia de la Participación Popular a nivel de los departamentos, para crear instancias intermedias de gobierno que impulsen el desarrollo con visión regional y a través de políticas públicas participativas, y bajo la vigilancia social de la administración de los recursos y los servicios.

En suma: democracia y descentralización para empoderar a la gente y materializar el buen gobierno.

1.3 El poder del conocimiento: la educación

La historia de la humanidad demuestra incontrastablemente que la riqueza de los pueblos y las naciones no está en sus recursos naturales, sino en el conocimiento y el dominio de la tecnología. La sola posesión de riqueza natural no es garantía de progreso. Ocurrió antes en Bolivia y continúa ocurriendo en muchas otras partes del mundo. Por ello debemos estar advertidos que la riqueza gasífera que ahora tenemos, puede convertirse en una desventaja estratégica y en un espejismo, si los bolivianos no evitamos caer en la dependencia de la renta del gas y, sobre todo, si no tenemos la lucidez necesaria para utilizar estos recursos en lo que es verdaderamente estratégico para el desarrollo nacional: la formación de capital humano.

El empoderamiento social, que no resuelva las actuales y graves carencias que tenemos la mayoría de los bolivianos en educación, conocimientos e información, sería también una ilusión pasajera. El verdadero soporte del poder que necesita la gente, en la vida política y económica, es el poder que da el acceso a mejores capacidades intelectuales y destrezas técnicas.

Nuestra apuesta de futuro, la única posible, es invertir en educación, ciencia y tecnología, como lo hacen todos los países que han sido capaces de salir del subdesarrollo o lo vienen haciendo. La revolución que nos toca protagonizar es

la *revolución tecnológica*; asumir el reto de la competitividad, priorizando la formación de recursos humanos calificados.

Para ello es preciso reconducir y profundizar la Reforma Educativa, desburocratizando este proceso y sacándolo de la inercia; sabiendo que no es la “indigenización de la educación” —que pretende el actual gobierno movido por utopías anacrónicas e irrealizables— lo que hará avanzar el sistema de enseñanza. Todo lo contrario, el camino para una educación de calidad es el desarrollo de un sistema de enseñanza científica y democrática, de total libertad y pluralismo, conectado a las corrientes modernizadoras del pensamiento y útil para actuar en el mundo internacionalizado de hoy; lo cual es perfectamente compatible con la preservación de la identidad y los valores nacionales.

2. RECONCILIAR A BOLIVIA

Una peligrosa fractura social y territorial se ha abierto en Bolivia desde hace varios años atrás. El país está dividido por graves tensiones sociales, políticas, ideológicas, étnico-culturales y regionales, que nos impiden remontar el presente y construir el mañana con unidad y visión común de futuro. Los resultados de la elección de constituyentes y del Referéndum Autonomico, reavivan esta división de clases y sectores sociales, pero, sobre todo, de regiones y muestra a un poder central que se divorcia de sus territorios y sus pobladores.

Es claro que si no cerramos estas brechas, vamos camino a la desintegración y hasta quizás a la confrontación fratricida. Necesitamos urgentemente un proyecto nacional que nos reconcilie y nos permita construir puentes de integración y solidaridad entre todas las regiones. Un proyecto que sea capaz de ofrecer y realizar:

- a) Un modelo de crecimiento económico con equidad, integrador y solidario, sin egoísmos sociales ni regionales, que pueda además restituir un necesario equilibrio económico entre Occidente y Oriente.
- b) Asegurar un piso social y cultural mínimo para todos los ciudadanos, independientemente de la región o departamento en que habiten. Esto es, derechos básicos e iguales en educación, salud, saneamiento, energía y comunicaciones; posible de lograr a través de un sistema de financiación de las autonomías que de impulso a la capacidad creadora de los departamentos y a la vez pueda reducir las brechas de ingresos fiscales para tender a nivelar la prestación de servicios esenciales.
- c) El interculturalismo como vehículo de integración democrática de la diversidad étnico-cultural, que pone el acento en lo que nos une y complementa, antes que fomentar las diferencias, particularismos y localismos que nos separan. La construcción de la Nación y el Estado boliviano requiere recuperar y potenciar una sociedad esencialmente mestiza -porque mestizos somos la gran mayoría de los bolivianos-, fruto

del encuentro dinámico y la mezcla permanente de razas, culturas e identidades étnicas.

3. INTEGRARNOS AL MUNDO

Por razones geográficas e históricas Bolivia ha vivido casi siempre de espaldas al mundo, ajena a las corrientes del comercio, la integración económica, el progreso tecnológico y científico, es decir, a contracorriente de las fuerzas motoras de la historia.

Nos preocupa el carácter etnocentrista y endogenista de las actuales políticas gubernamentales, que profundizan la ruta contraria a las tendencias aperturistas mundiales y que, además de reforzar el encierro económico y el aislamiento internacional de Bolivia, habrán de llevarnos a una tensión estéril con el mundo y los países vecinos, con la consiguiente pérdida de oportunidades, especialmente en el negocio del gas natural y sus derivados.

Frente a ello, nuestra proposición es retomar el proyecto de convertir a Bolivia en un nudo de integración regional, energética, comunicacional y comercial, para lo cual es imperativo restablecer la credibilidad internacional de nuestro país como proveedor y socio confiable. Paralelamente, postulamos una nueva relación con el capital extranjero, que permita atraer una nueva corriente de inversiones productivas en condiciones mutuamente ventajosas para el país y las compañías privadas.

Por último, conquistar nuevos mercados externos para la producción nacional orientada a la exportación, mediante una agresiva política de integración comercial y económica, de convenios bilaterales, subregionales y hemisféricos, partiendo por defender los acuerdos de preferencias arancelarias ya existentes.

4. UN PAÍS CON INSTITUCIONES

La falta de institucionalidad es un mal boliviano crónico que ha conducido al círculo vicioso de la inestabilidad-ingobernabilidad-crisis política y más pobreza. Sin instituciones sólidas no es posible consolidar la democracia ni progresar en el camino del crecimiento económico y social. Es preciso superar la manía nacional de querer refundar el país cada cinco o diez años, desechando todo lo antes construido. Bolivia necesita un derrotero claro de hacia donde quiere ir como país en el largo plazo y mantener a rajatabla ese rumbo.

Queremos gobernantes que construyan, consoliden y modernicen las instituciones, no que las destruyan con su personalismo, egoísmo y sectarismo. Nuestro objetivo es promover una gran cruzada nacional por la institucionalidad. Construir instituciones fuertes, eficaces, abiertas, transparentes y participantes, en el Estado, el sistema político, la economía, la sociedad civil y el mundo de la cultura.

5. REGENERAR LA POLÍTICA

De la crisis del sistema político emerge la posibilidad de regenerar la política al servicio del bien común, con actores renovados y propuestas constructivas y de vanguardia, para que la política sea el medio de forjar el interés general, contener la dominación del poder económico privado y evitar el autoritarismo. Lo que hay que desechar es la mala política, la que busca el poder por el poder, la que corrompe y se corrompe, para reemplazarla por la buena política, la que puede producir una democracia de calidad y mejorar la vida de la gente.

La política sin partidos es efímera y acaba siempre en alguna forma de autoritarismo. El populismo prescinde de las mediaciones porque así puede perpetuar un poder despótico y casi siempre atrabiliario. De ahí que la tarea que nos planteemos sea forjar un sistema político más representativo e incluyente, que supere los males del presidencialismo imperial y acabe con los privilegios corporativos de minorías privilegiadas para asegurar la igualdad política real y que todos los ciudadanos puedan participar en las decisiones que los incumben por conductos institucionales. Se trata también de mejorar el régimen de gobierno y de avanzar en la democratización del poder y la descentralización de la gestión pública. Reconstruir, en suma, un sistema político pluralista, sin hegemonías ni monopolios, pero superando además la fragmentación política que genera ingobernabilidad y obstruye realizar un proyecto nacional de desarrollo.

Queremos pasar del liderazgo de los personalismos y caudillismos al liderazgo de las instituciones y de los equipos. Bolivia requiere de un nuevo liderazgo popular, profundamente mestizo, auténticamente democrático y con visión nacional.